

WOODROW W. BORAH (1912–1999)

W. George Lovell*

Yo voy a donde me lleven los datos

(Woodrow Borah, en una conversación con
James Wilkie y Rebecca Horn, 1983)

La muerte de Woodrow Borah el 10 de diciembre de 1999 —murió con dignidad y resignación ejemplar después de sobrellevar durante algún tiempo las complicaciones resultantes de un derrame— cierra un capítulo eminente en el estudio del pasado de Latinoamérica, capítulo que comenzó en la década de 1920 en la Universidad de California en Berkeley y que el término elusivo “Escuela de Berkeley” evoca pero no capta completamente. Aunque Borah no ocupó un puesto en Berkeley hasta 1948, época en la que Herbert E. Bolton, Sherburne F. Cook, Carl O. Sauer y Lesley B. Simpson hacía tiempo que habían establecido las credenciales latinoamericanistas de Berkeley, podría decirse que el nombre de Borah es el que los académicos (y las funciones de búsqueda de las computadoras) generan primero al conjurar la obra de la Escuela de Berkeley, ya que su producción fue tan prodigiosa y sus ideas tan provocativas. Naturalmente, Borah habría rechazado todo esto, insistiendo en que los colegas que lo precedieron habían echado los cimientos intelectuales y que la influencia más destacada de todas había sido la de Sauer. Reflexionando sobre sus años como estudiante en Berkeley, Borah recordaba:

Cuando vine a Berkeley, tenía la intención de especializarme en geografía... pero continué en historia. Cuando empecé a hablar con Herbert E. Bolton acerca de los estudios, sugirió que conociera a Carl Sauer, quien, después de evaluarme un poco, decidió admitirme en su seminario. Me quedé en ese seminario todo el tiempo que fui estudiante y uno o dos años después. El seminario proporcionaba una gran cantidad de estímulo. Bolton tenía un seminario enorme que trataba del Sudoeste

* W. George Lovell es coeditor de *Mesoamérica* y profesor de geografía en la Queen's University, Canadá. En colaboraciones recientes con Noble David Cook y Christopher H. Lutz publicó los libros *Juicios secretos de Dios: epidemias y despoblación indígena en Hispanoamérica colonial* (Quito: Ediciones Abya-Yala, 2000) y *Demografía e imperio: guía para la historia de la población de la América Central española* (Guatemala: Universidad de San Carlos, 2000), respectivamente. Traducción de Eddy Gaytán.

y Latinoamérica. Los estudiantes probablemente eran de la misma calidad que los de Sauer, pero Bolton los trataba con mucha delicadeza y no los retaba ni los hacía trabajar duro como Sauer... Sauer tenía una mente muy amplia que planteaba preguntas nuevas y estimulantes —eran revelaciones— y obligaba a los estudiantes a pensar en ellas. Bolton era mucho más tradicional; me dejaba usar la cabeza y hacer lo que quisiera, como dejaba a otros, por lo general, pero no había el mismo entusiasmo y estímulo que uno experimentaba en el seminario de Sauer.¹

Aunque, como doctorando, consideraba un privilegio haber recibido su “formación de Berkeley” *in situ*, Borah siempre señaló que las ideas de la Escuela trascendían Berkeley mismo como lugar de aprendizaje, surgiendo, perdurando, adoptando nuevas formas y desarrollando nuevos intereses en otras partes, lejos de la reluciente Bay Area de California.

Borah nació el 23 de diciembre de 1912 en Utica, Mississippi, y recibió su notable nombre en honor del hombre que ganó la presidencia de los Estados Unidos ese año, el primer demócrata en dos décadas. El infante Borah fue el primer niño blanco nacido en Utica después de las elecciones. “Habrían linchado a mi padre”, decía Borah sarcásticamente, “si no me hubiera puesto Woodrow Wilson”.² La familia se trasladó a Nueva York en 1914 y, diez años más tarde, a Los Ángeles, donde Borah asistió a la escuela secundaria y a la universidad. Obtuvo su diploma de licenciado en 1935 y su maestría un año más tarde, ambos en UCLA. Empezó su doctorado en UCLA, pero se trasladó a Berkeley en 1936. “Ya sabe muy bien todo lo de aquí. En realidad no está aprendiendo todo lo que debería aprender. Debe marcharse cuando termine este año”, urgió su asesor universitario.³ La opción era entre Berkeley y Harvard. Cuestiones económicas y de proximidad geográfica resolvieron en favor de la primera, así que se trasladó costa arriba.

¹ James W. Wilkie y Rebecca Horn, “An Interview with Woodrow Borah”, en *Hispanic American Historical Review* 65: 3 (1985), págs. 405–406. Este documento instructivo e informativo, en el cual me baso ampliamente, es una selección sacada de ocho horas de conversaciones grabadas realizadas a finales de 1983. Wilkie y Horn hacen un trabajo maravilloso de transcripción y edición para comunicar al lector un sentido real de Borah “con sus propias palabras”. La entrevista pertenece a un género que merece mayor atención, ya que cuando se realiza no solamente de manera exhaustiva sino también de manera creativa, como es el caso de Wilkie y Horn con Borah, los resultados son de un valor inestimable. Borah me dijo que apreciaba mucho ser entrevistado por Wilkie y Horn; en realidad consideraba muy divertida la experiencia, aunque claramente su producción requirió una gran cantidad de trabajo arduo. Tengo una separata firmada de la entrevista, en la cual Borah me dice, con buen humor pícaro, “Buen Provecho”.

² Wilkie and Horn, “An Interview with Woodrow Borah”, pág. 403.

³ Wilkie and Horn, “An Interview with Woodrow Borah”, pág. 405.

En Berkeley, Borah empezó a florecer, aunque su trabajo doctoral no estuvo libre de dificultades, porque tenía en su comité examinador a los “gemelos malditos” de Sauer y Simpson. Borah recordaba especialmente una serie de preguntas capciosas:

Sauer me puso una serie de trampas y, cuando éstas no surtieron efecto (yo detectaba la trampa), finalmente me preguntó que qué pensaba de la exactitud de los informes de de Las Casas. Ahora sí que estaba atrapado entre Sauer y Simpson: Simpson pensaba que de Las Casas exageraba terriblemente y no era de fiar; Sauer creía que era bastante exacto. Para entonces yo ya había leído una buena cantidad de los escritos de de Las Casas y en conjunto pensaba que probablemente era exacto. Decidí que lo mejor era caer peleando por lo que creía que era correcto, así que respondí en consecuencia. Justo cuando Simpson se estaba preparando para saltar, Sauer dijo: “Creo que es correcto. Tengo nuevos documentos que parecen demostrarlo”. Y Simpson se relajó.⁴

La tesis de doctorado escrita por Borah sobre la industria de la seda en el México colonial fue publicada como el Volumen 20 de *Ibero-Americana*, el foro pionero de Berkeley al que posteriormente hizo contribuciones destacadas innumerables, ya sea solo (por ejemplo, *New Spain's Century of Depression*, 1951) o en colaboración con Sherburne F. Cook (por ejemplo, *The Aboriginal Population of Central Mexico on the Eve on the Spanish Conquest*, 1963). Trabajando solo, Borah ciertamente podía levantar revuelo —medio siglo después de su publicación, *New Spain's Century of Depression* todavía es un ensayo que hace pensar, lo cual incluso un crítico tan severo de su tema central como Carlos Sempat Assadourian reconoció recientemente cuando hablamos. Sin embargo, en el transcurso de su colaboración con Cook, Borah logró hazañas de controversia incluso mayores, especialmente en relación con Española. Pero mientras que muchos podrían considerar excesivo en su cálculo numérico el trabajo de Cook y Borah sobre la población de contacto de la isla caribeña, los hallazgos de los dos sobre la historia demográfica de México son críticamente más aceptados. En una proeza de erudición innovadora sostenida, calculan que, en una área definida espacialmente como el área central de México, una población indígena de 25.2 millones en 1518 disminuyó a 1.075 millones para 1605. En una coyuntura asombrosa en su esfuerzo colaborativo final —Cook murió en 1974— resumen sucintamente de la siguiente manera los resultados de un cuarto de siglo de investigación:

⁴ Wilkie and Horn, “An Interview with Woodrow Borah”, pág. 407.

Concluimos... que la población indígena del área central de México, bajo el impacto de los factores desencadenados por la llegada de los europeos, disminuyó, en 1620–1625, a un nivel bajo de aproximadamente 3% del tamaño que tenía en el momento en que los europeos desembarcaron por primera vez en las costas de Veracruz.⁵

Lo que Borah y Cook intentaban subrayar, como Sauer y Simpson antes de ellos, era el significado y las implicaciones de ese colapso demográfico sin precedentes provocado principalmente, pero no solamente, por la introducción de enfermedades del Viejo Mundo entre poblaciones americanas nativas inmunológicamente indefensas. Al hacer esto, siendo Borah uno de sus miembros claves y sirviendo la investigación pionera sobre México de modelo para evaluar la experiencia colonial en otras regiones, la Escuela de Berkeley revolucionó el estudio de las relaciones imperiales entre la tierra y la vida en Latinoamérica.

La trayectoria académica de Borah es intrigante. Su trabajo doctoral en historia en Berkeley no lo llevó a obtener inmediatamente un puesto de enseñanza en esa universidad. Todo lo contrario. Su primer trabajo de este tipo fue un puesto de un año (1941–1942) en Princeton, después del cual pasó cinco años (1942–1947) analizando información sobre Latinoamérica para la Office of Strategic Services de los Estados Unidos. Cuando regresó a Berkeley como miembro del profesorado en 1948, Borah estaba afiliado al Departamento de Habla, no de Historia. “Bolton me advirtió muy francamente que, como judío, tendría muchas dificultades para obtener trabajo en cualquier colegio o universidad y me encontré con cierta cantidad de eso”, dijo sin ambages. “Berkeley mismo tuvo mucho antisemitismo en el Departamento de Historia hasta principios de la década de 1950”.⁶ Sin embargo, ciertos problemas en el Departamento de Habla al final condujeron a una transferencia al de Historia, donde salió más o menos ileso de los días turbulentos de la década de 1960, jubilándose de la enseñanza de tiempo completo en 1980.

De su fructífera colaboración con Cook, la cual empezó en la década de 1950, Borah ofreció la siguiente reflexión:

Mi colaboración con Cook ocurrió después de que nos habíamos conocido durante casi dos décadas. Nos caíamos bien. Teníamos escritorios uno cerca del otro en la

⁵ Sherburne F. Cook and Woodrow Borah, “Royal Revenues and Indian Population in New Spain”, en *Essays in Population History*, Vol. 3 (Berkeley: University of California Press, 1979), pág. 102.

⁶ Wilkie and Horn, “An Interview with Woodrow and Borah”, pág. 411.

Biblioteca Bancroft; tuvimos varios debates, así que conocíamos las opiniones de uno y otro... Nuestra empresa conjunta empezó como una reunión celebrada varias veces por semana en las tardes. Las sesiones se volvieron cada vez más intensas e interesantes a medida que avanzábamos... Todavía requería una gran cantidad de paciencia y tacto de ambas partes, porque había cosas en las que no estábamos de acuerdo y a veces teníamos desacuerdos bastante acalorados. Pero nunca se salieron de los límites de la amistad... La colaboración requiere una base profunda de amistad y ciertos acuerdos en puntos esenciales.⁷

La amistad de la que habla Borah —con su capacidad para acomodar diferencias a fin de concentrarse conjuntamente en objetivos investigativos que ninguno de los dos académicos, individualmente, era capaz de alcanzar— se extendió mucho más allá de los confines acogedores de la Biblioteca Bancroft a las exigencias del campo. Sus viajes a través de México en busca de datos a menudo se hacían a lomo de mula, exigían que aceptaran la vida incondicionalmente en términos locales y estaban llenos de incidentes, incluyendo ataques inevitables de enfermedad, caídas infames y huesos rotos. Examinando las notas de campo de Cook de un viaje que él y Borah hicieron en 1956, me encontré con dos entradas que subrayan con tono bromista las diferencias en temperamento y punto de vista a las que se refirió más arriba:

13 de julio: Descansamos y visitamos a varias personas. Borah es un *socialité* inveterado y hace largas vistas a toda persona posible. Logra bastante con este método, pero creo que exagera un poco.

14 de julio: más holgazanería y visitas.⁸

Cuando le mencioné a Borah las observaciones de Cook, me dio una de sus miradas penetrantes, luego sonrió. “Sher era un hombre callado y reservado. Era mayor que yo y no siempre tenía eso en cuenta. Especialmente cuando regresábamos a la ciudad, me gustaba estar con otras personas”. La sonrisa persistente era la de un hombre que recordaba con cariño.

Como otros muchos, recuerdo horas de conversación memorable con él, usualmente sentados en el jardín de su casa en Berkeley cuando bebíamos jerez o disfrutábamos de una copa de vino mientras su esposa, Terry, preparaba el almuerzo. Las costumbres sociales de Borah también fueron observadas por un tal Truls M. Fagrell, quien entrevistó a Borah para un artículo publicado en *Mexico City News*:

⁷ Wilkie and Horn, “An Interview with Woodrow Borah”, págs. 413 y 419–420.

⁸ Las notas de campo de Cook están archivadas con otros papeles en la Biblioteca Bancroft y constituyen una lectura fascinante.

Borah se convirtió, durante casi dos generaciones, en un líder muy respetado entre sus colegas profesionales de todo el mundo. Su reputación mundial obviamente proviene de su investigación y publicaciones originales, que todavía constituyen hitos en su campo. Pero Borah también es un anecdotista natural fuera de horas, que puede contar una historia —atenuando en privado hecho o broma— sobre personas en lugares altos y bajos, en la mayoría de las capitales estatales y capitales de condado que ha visitado en todo México durante 50 años de investigación archivística. Es un profesional y puede presentar un recuerdo fascinante subdividido en capítulos o un episodio contenido en una sola palabra... Alguien en México o los Estados Unidos debería agarrar a este distinguido y entretenido caballero y ponerlo enfrente de una cámara de televisión o en la plataforma para discursos de un restaurante —con frecuencia. Tenemos aquí a un profesor emérito de lo más serio que comunica a la historia de México un sentido agradable de lo divertido y lo absurdo... Si se le da la oportunidad, es una persona encantadora.⁹

La retórica de Borah en realidad podía ser deslumbrante. Durante mi primera visita a Berkeley en 1983, Richard Salvucci me mencionó que había invitado a Borah a dar un conferencia como invitado a su clase de historia de Latinoamérica. Pregunté si podía asistir. En su tema, “La despoblación indígena y la crisis económica del siglo XVII”, Borah incorporó, con alcance amplio pero con una atención magistral a los detalles, no sólo México y Perú sino también California y Chile. La clase grande de Salvucci estaba cautivada. Aun el joven locuaz que estaba enfrente de mí, quien al principio de la conferencia prestaba más atención a sus posibilidades con la chica que se sentó junto a él que a lo que decía Borah, finalmente se calló. Se podía palpar el silencio a medida que Borah se acercaba al final. Habló, en relación con Chile, de la resistencia araucana a las incursiones de Pedro de Valdivia, incluso cuando una enfermedad había causado gran mortandad entre los nativos. Su suave voz pronunciaba cada palabra cuidadosamente, escogiendo con precisión lo que quería decir. Jamás olvidaré la manera en que describió la captura y ejecución de Valdivia, ya que usó una de sus frases legendarias: “Mientras le echaban oro y plata derretidos por la garganta, las últimas palabras que oyó Valdivia fueron: ‘¿Le basta con esto ahora?’”

Profesionalmente, la obra de Borah le valió gran aclamación en Latinoamérica así como en Europa y los Estados Unidos, aunque en su patria el reconocimiento formal llegó más bien tardíamente. Ya había cumplido 70 años cuando, en 1984, la Conferencia sobre Historia Latinoamericana le

⁹ Truls M. Fagrell, “Borah’s Mexico: Computers, Archives, and History”, en *The Mexico City News* (Arts and Leisure, 8 de noviembre de 1987), págs. 16–18. Doy las gracias a Wayne Bernhardson por hacerme notar este perfil pintoresco de Borah, a quien Truls M. Fagrell claramente consideraba encantador.

honró con el premio Herbert E. Bolton por su libro *Justice By Insurance: The General Indian Court of Colonial Mexico and the Legal Aides of the Half Real*,¹⁰ una investigación que, como gran parte de la obra de Borah, tiene un contenido comparativo substancial aparte de tratar del escenario mexicano. En 1986 la Asociación Americana de Historia le otorgó reconocimiento por Servicio Distinguido.

Sobreviven a Borah su esposa Terry, con quien se casó en 1945, su hijo Jonathan y su hija Ruth. Se celebró un servicio conmemorativo en su honor en la Universidad de California, Berkeley, el 24 de marzo de 2000. Todo aquel que tuvo la inmensa satisfacción de conocer a Woodrow, como yo, en calidad de mentor y colega antes de considerarlo mi amigo, comprende bien que, aunque ya no está con nosotros, lo que deja atrás no sólo perdura como una contribución al conocimiento sino que también enriquece nuestra humanidad.

Dondequiera que lo hayan llevado los datos, allí descansa un pensador original, un hombre bueno y raro.



WOODROW BORAH
en el acto conmemorativo
dedicado a su amigo y colega,
el geógrafo James J. Parsons,
28 de septiembre de 1997.

¹⁰ Berkeley: University of California Press, 1983.